

REVISTA DE REVISTAS

Razón y Fe (Septiembre de 1924, Madrid). *Semilocos y semiresponsables*, por F. U. DE ERCILLA.

Demostrada la teoría y la realidad de la responsabilidad atenuada, tanto en los sujetos normales como en los anormales, vamos a confirmarla con algunos ejemplos de tipos que, sin ser del todo irresponsables ni locos, no son, sin embargo, completamente cuerdos: a los tales llamados semilocos y semiresponsables. Dicho se está que abundan los ejemplos; pero no es nuestro objeto multiplicar su número. Lo que pretendemos es escoger de entre ellos ciertos personajes, por una parte, conocidos y célebres en la república de las letras, y que, por otra, no llegan a ser completamente equilibrados.

Son varios los autores que han trabajado en este sentido, tales como Joly, Moreau de Tours, Max Nordau, Regnard, Reveillé-Parise, Wechniakoff, Gelineau, Lelut G. Dumas Ossip-Lourié Loygué, Ritter, Michant, Babine, Lombroso y varios otros en revistas, principalmente en la *Chronique Médicale*; pero el que más se ha distinguido y con criterio más seguro ha sido el reputado y competente psiquiatra doctor Grasset, profesor de la Universidad de Montpellier, que ha hecho una selección de esos tipos, si bien intercalando a veces entre los semilocos a los que son rematadamente locos, y revistiendo a algunos de caracteres que no hacen al caso.

Nosotros presentaremos algunos de ellos, haciendo un extracto de sus difusas informaciones y de las fuentes que él indica, señalando sólo unos cuantos rasgos que caracterizan a los semilocos y semirresponsables. Los escogeremos en el campo de la Ciencia, de la Literatura y del Arte.

I

Augusto Comte

Augusto Comte fué notable filósofo y ejerció gran influjo en la orientación filosófica del siglo XIX pero no era perfectamente cuerdo, era un semiloco (1). Escribía cartas incoherentes y con muchas palabras subrayadas. En un paseo pretendió arrastrar a su mujer consigo al lago de Enghien.

Fué encerrado en el sanatorio de Esquirol (que diagnosticó un acceso de manía con megalomanía), y clavó su tenedor en la mejilla de uno de los celadores. El día de su salida del asilo, así firmó su acta de matrimonio: «Bruto Bonaparte Comte». Durante las comidas intentaba plantar su cuchillo en la mesa, «como el montañés escocés de Walter-Scott». En una ocasión intentó arro-

(1) HILEMAND et CABANÉS: *Chronique Médicale*, 1897, tomo IV, pág. 36.

jarse al Sena desde el puente de la Artes. Parte para Montpellier; pero llegado a Nîmes, se detiene y desanda el camino... Su vida está compuesta de accesos de locura, separados por largos intervalos de semilocura, durante los cuales compone y publica sus obras.

De él dice Jorge Dumas: «Tal fué en su vida privada y social, en su misión, en su amor, en su religión Augusto Comte, fundador del positivismo, que de 1824 a 1857 se esforzó por dar a la tierra un régimen espiritual, y murió a los sesenta años, gran pontífice de la Humanidad..., que ha podido ser tachado de loco por los profanos, al paso que a sus discípulos, si no eran mediocres, les inspiraba una fe ardiente que ni la muerte ni cincuenta años transcurridos han podido todavía extinguir, y a quien Stuart-Mill coloca al lado de Descartes y de Leibnitz.» «Augusto Comte, añade el mismo escritor, tenía un temperamento psicopático, y estuvo expuesto durante mucho tiempo a los accidentes cerebrales» (1).

Pascal

Pascal ha sido tenido, y no sin fundamento, por talento superior. Al hacerle la autopsia, dice Le Double (2), la sutura mediofrontal o metópica se hallaba todavía abierta, lo cual, para muchos antropólogos, constituye un carácter de superioridad. Esta superioridad se halla también confirmada psicológicamente, en sentir de los mismos antropólogos, por la prodigiosa abundancia de los sesos de Pascal, cuya substancia estaba tan condensada, que fué lo que hizo pensar a los médicos que esa era la razón de que no estuviera cerrada todavía la sutura frontal. Pero Pascal no estaba del todo sano de mente, del todo equilibrado.

A la edad de un año cayó en una languidez semejante a lo que en París se llama *tomber en chartre*, y estuvo a punto de morir. Se les persuadió a los padres de que una bruja le había echado el sortilegio; la bruja consintió en trasladar el sortilegio a un gato, que arrojó por la ventana y se murió. Después, sirviéndose de un niño de menos de siete años de edad, hizo la bruja recoger, antes de la salida del sol, nueve hojas de tres clases de hierbas; hizo con ellas una cataplasma, que colocó sobre el vientre de Pascal, «el cual vióse así completamente curado».

Algo contribuiría a perturbar su mente el que a los veinticuatro años de edad, en 1647, se encontrara en una especie de parálisis de cintura abajo; sus piernas y sus pies llegaron a quedarse fríos, como si fueran de mármol, y así hubo de estar *tres meses próximamente*.

El 23 de noviembre de 1654 tuvo, dicen, una visión que duró desde las diez y media de la noche hasta las doce y media. Esta visión se halla probablemente referida en un escrito extraño e incoherente, con frases incompletas, que desde entonces llevó él constantemente cosido en su justillo; él mismo volvía a coser este «amuleto místico» como lo llama Condorcet, en su vestido siempre que lo cambiaba. «A partir de esta época, sus días y sus noches de sufrimiento estuvieron constantemente turbados por la vista de un precipicio que se abría bruscamente a uno de sus lados.» En efecto; en octubre de 1654, cuando tenía treinta y un años, estuvo expuesto a perecer en el puente de Neuille, por ha-

(1) G. DUMAS: *Auguste Comte*, 1905

(2) LE DOUBLE: *Chronique Médicale*, 1901, pág. 671

berse desbocado los caballos del carruaje que le conducía; afortunadamente, los tirantes se rompieron, dos de los cuatro caballos se precipitaron en el Sena, pero el coche se salvó y Pascal con él. Impresionóle tanto aquel peligro y exaltó de tal modo su imaginación, que veía de continuo a su lado la boca de un precipicio, «ni podía sufrir el ver el agua sin caer en transportes de cólera muy grandes» (1).

A los treinta años vió que sus miserias se acrecentaban constantemente; en este tiempo fué cuando publicó *Las Provinciales* (1656-1657). En sus manuscritos recogidos y publicados con el nombre de *Pensamientos*, «Pensées», se percibe «cómo el espíritu de Pascal se detiene indeciso en medio de una idea y la pluma a la mitad de una frase, y algunas veces a la mitad de una palabra... las enfermedades físicas y morales no le dejaban ya un solo instante de reposo».

Sobrevienen cuatro años (1659-1663) de dolor y de desfallecimiento. Los dolores de cabeza son continuos; las perturbaciones digestivas llegan a su más alto grado. Hay crisis de grandes desvanecimientos, de violentas convulsiones... y al hacerle la autopsia se hallaron los intestinos gangrenados, y dentro de su cráneo se hallaron las impresiones como las de un dedo sobre la cera; y esas cavidades estaban llenas de una sangre coagulada y corrompida que había comenzado a gangrenar la dur madre.»

J. J. Rousseau

Juan Jacobo Rousseau traía, desde luego, una gran herencia neuropática (2). Su madre comenzó a los ocho años su noviazgo. Su padre tenía con frecuencia ideas raras y extrañas.

Se pone en camino a los diez y ocho años con una Fuente de Herón para ganar la vida, enseñándola; recorre todas las profesiones: relojero, batelero, maestro de música, grabador, pintor, criado...; escribe sucesivamente, de medicina, música botánica, teología; se pone a meditar al sol en pleno día con la cabeza al aire; se enamora a los once años y declara más tarde haber pasado diez años en el delirio.

Créese perseguido, primeramente, por el entusiasmo de las muchedumbres, y después, por todo el mundo; de Prusia, de Inglaterra, de Francia de los Reyes, de las mujeres, de los curas. Se le causa tormento hasta con los beneficios y con las alabanzas. Abandona precipitadamente sus albergues, dejando en ellos sus equipajes para huir de los que le persiguen, y ve en los vientos contrarios una nueva prueba de la conjura universal.

«Sus enemigos ganan a su proveedor de café, a su brabero, a su fondista; el limpiabotas no tiene betún cuando él se lo pide. Se le niega hasta el meterle en la cárcel cuando lo solicita, y para acabar la persecución se detiene a un librero que él no conocía... Dedicó a todos los franceses amigos de la justicia, y distribuyó él mismo en la calle a todos los transeuntes que no le parecían hostiles, una memoria justificativa.

Acaba por escribir a Dios «una carta muy tierna y muy familiar», y la

(1) LELUT: *El amuleto de Pascal, para contribuir a la historia de las alucinaciones*, 1846.

(2) EUGENIO RITTER: *La familia y la juventud de J. J. Rousseau*, 1896.

deposita sobre el altar de Notre Dame, de París. Habiendo hallado la verja cerrada, ve que el cielo mismo se halla ligado contra él (1).

Tolstoi

Dice Ossip-Lourié que «Tolstoi era un hombre raro». Figura más entre los novelistas, pero le incluimos aquí entre los filósofos por escribir generalmente de psicología de las costumbres.

Tolstoi, en su autobiografía recientemente publicada, escribe algunas enseñanzas acerca de su herencia. Su abuela, Pelagia Nicolaievna, era «la hija de un ciego». Su abuelo, Ilia Andrecwich, «un hombre neciamente pródigo..., jugador apasionado, que jugaba sin saber jugar, y que además prestaba al primer advenedizo sumas que jamás le eran devueltas»; emprendía numerosos negocios y «todo ello hubo de terminar, como era natural por la ruina».

Pertenece a la categoría de los semilocos denominados originales. «A los ocho años fué acometido de un deseo irresistible de volar por los aires. Esta idea le duró hasta el momento en que se decidió a ponerla en práctica. Se encerró en su gabinete de estudio, se subió a la ventana e hizo un movimiento para volar, cayendo de una altura de más de cinco metros y estando enfermo durante cierto tiempo.» «Otro día vino al pensamiento que la felicidad no depende de los acontecimientos exteriores, sino de la manera de aceptarlos nosotros; que un hombre acostumbrado a soportar el dolor no puede ser desgraciado. Y para acostumbrarse al dolor, se ejercitaba, a pesar de sus atroces sufrimientos, en sostener un diccionario con el brazo extendido durante cinco minutos, o bien cogía unos cordeles y se daba disciplinazos sobre las costillas, con tanto vigor, que los ojos se le llenaban de lágrimas.»

De una manera general, durante su juventud «nunca quería hacer nada como todo el mundo», y en la Universidad se matriculó en la Facultad de Lenguas orientales sólo porque todo el mundo se matriculaba en la Facultad de Derecho.

Una de sus tías le escribía diciendo: «Tú has querido pasar siempre por un original, y tu originalidad no es otra cosa que un amor propio excesivo.» Por lo demás al entrar en la Universidad se propuso «saberlo todo» al segundo año, y ser después de su tesis de doctorado, «el primer sabio de toda la Rusia».

Tras una serie de transformaciones, «todo llegó a serle insoportable; cayó enfermo, más bien moral que físicamente, y, finalmente, lo abandonó todo y partió para el desierto entre los Baschkirs, a respirar los aires puros y vivir la vida animal».

En presencia de las tres hijas del doctor Berce, «comienza Tolstoi por enamorarse de la primogénita; creyó después amar a la segunda, y, por fin se enamoró definitivamente de la tercera». Más adelante púsose a vivir con los mujicks... en traje de campesino.

«En la época más gloriosa para su talento de novelista, y en la más tranquila de su vida interior, escribía: «Yo sentía, sin embargo, que no estaba completamente sano de espíritu, y que esto no podía prolongarse mucho tiempo.» La duda que abrigaba desde su adolescencia llegó a la idea del suicidio. «Todo es

(1) LOUIS: *Chronique Médicale*, 1904, pág. 383.

mentira, exclamaba; sólo la muerte es verdad», y emplea muchas astucias para no matarse... (1).

Schopenhauer

El pesimista Schopenhauer (2) tenía una herencia neuropática muy pesada.

«Su abuela había tenido una tía y un abuelo alienados». Su padre, sordo desde su juventud, tiene la manía de los viajes, cóleras espantables, angustias enfermizas; se sospecha que fué suicida. La mujer de ese «misántropo, extraño hasta la lipemania, dice Lombroso, era una mujer escritora, llena de vivacidad... ambiciosa y, como ella misma decía, de costumbres bastante ligeras. Su hermano Federico estuvo atacado desde su juventud de imbecilidad».

El propio Schopenhauer, desde joven, siente un demonio en sí; «pasa semanas enteras sin hablar a nadie; habla alto, gesticula él solo en la calle o en la mesa del hotel; rompe un brazo a su propietario porque le oye charlar en su antecámara; se pone furioso y se niega a pagar sus deudas cuando, al reclamárselas, escribieron su nombre con dos pes. Se quemó la barba en vez de afeitársela; esconde el oro en un tintero y las letras de cambio en las tapas.

Redacta sus notas en griego, en latín, en sánscrito, y las disemina por los libros para que no se las quiten. Es víctima de una vasta conspiración de los profesores de Filosofía. Rechaza la monogamia y exalta la tetragamia, en la cual, por un resto de razón, no ve más que un inconveniente: el de tener, por consecuencia, cuatro suegras. Por testamento, dejó su herencia a los soldados y a su perro.

Nietzsche

Federico Nietzsche (3) fué recluído muchas veces en las casas de salud y entró como demente incurable en el establecimiento del profesor Binswanger, en Jena. Según Lichtenberger (4), «fué bruscamente, sin transición, como cayó sobre él la noche de la locura, de la que fué herido súbitamente en Turín, en los primeros días de enero de 1889».

Tal vez un crítico médico encontraría pródromos de ese mal en ciertas obras anteriores de ese «Profeta del superhombre» y del «Retorno eterno», hasta en su obra capital: «Así hablaba Zaratustra», que apareció de 1883 a 1886.

II

Tomás de Quincey

Tomás de Quincey (5) tiene una grave herencia neuropática. Su padre murió tísico. Un hermano suyo fué una cabeza destornillada; se fué a correr mundo, llegando a ser pirata. «Los otros hermanos eran melancólicos, medi-

(1) V. OSSIP LOURIÉ: *La psicología de los novelistas rusos del siglo XIX*, París, 1905.

(2) C. LOMBRÓSO: Biblioteca de Antropología: *El hombre de genio*. PURVEAN E. RABÁN: *El genio de Lombroso*, 1905.

(3) MAX NORDAU: Biblioteca de Filosofía contemporánea, 2 vol., París, 1894.

(4) H. LICHTENBERGER: *Introducción a los aforismos y Fragmentos de Federico Nietzsche*, París, 1899.

(5) ARVEDE BABINÉ: *Chronique Médicale*, 1906.

tativos de temperamento, que gustaban de sentarse en torno del fuego y permanecer en silencio, mientras las sombras de la noche se alzaban tras ellos, con su cortejo de fuerza misteriosa». «Uno de ellos, con el cerebro perturbado», buscaba el medio de andar por el techo, cabeza abajo, como las moscas, muriéndose antes de encontrarlo.

Tomás de Quincey tuvo siempre «ensueños opresores», y desde la edad de diez años tuvo también verdaderas alucinaciones. A los quince años compuso poesías líricas en griego; después se convierte en vagabundo; «comete excen-tricidades de colegial mal equilibrado», y tiene también ligeros accesos de somnolencia que le acometían a todas horas.

Frecuentaba sociedades innobles; estudió la filosofía y empezó a gustar del opio, llegando a tomar diez o doce mil gotas diarias de láudano. Tras una corta «luna de miel del veneno», llega a las alucinaciones, a la parálisis moral, al idiotismo. Lucha como un desesperado; pero rueda siempre al abismo, en cuyo fondo le asedian tres espectros: la locura, el suicidio o la combustión espontánea. Cuando puso fuego a sus papeles y a sus libros, no quiso que se les echase agua para extinguirle, de miedo de mojarlos (1).

Dice Arvede Babine, «cómo habiendo sucumbido en la misma época a la tentación del opio lord Erskine, el muy piadoso Wilian Wilberforce y muchos otros personajes considerables, y sobre todo Coleridge, el famoso «comedor de opio», los desórdenes de De Quincey no eran para Coleridge más que juegos inocentes».

Reñía con su mujer, y tenía un individuo pagado para impedirle entrar en casa del vendedor de opio; pero le arrastraba el vicio con tal fuerza, que «pasaba por encima del cuerpo de su hombre»; anunciaba una conferencia, y no acudía, o se dormía sobre el estrado. Se levantaba por la noche y aparecía «con gorro de dormir y con un montón de moqueros encima del gorro».

Poe

Edgard Poe (2) bebía alcohol «a lo bárbaro», como dice Baudelaire; cogía un vaso lleno, sin agua ni azúcar, y se lo bebía de un trago, sin siquiera gustarlo. Entonces tenía terribles alucinaciones. Vivía con el pensamiento en las tumbas, en compañía de los gusanos y de los ataúdes; oía «conversar a las putrefacciones» y sabía «las sensaciones de las delicuescencias».

«Una vez, hacia la media noche... oigo súbitamente un ruido como de alguien que llama dulcemente, que llama a la puerta de mi habitación. Yo empujé entonces el resorte, y con un tumultuoso batir de alas, entra un majestuoso cuervo, digno de los antiguos tiempos. No hizo la menor reverencia, no se detiene, no vaciló un minuto, sino que, con el aspecto de un lor o de una lady, se coloca encima de la puerta de mi habitación, se posa allí, se instala y nada más». Y entonces comienza aquella escena célebre tan conocida, en la cual el autor, invariablemente y de un modo lúgubre, en «un sollozo negro», como dice Alfonso Daudet, responde con el fatídico «Never more: ¡Nunca más!»

Poe es lúgubre en sus narraciones. El terror paralizante impregna todos sus

(1) *Chronique Médicale*, 1899, pág. 32.

(2) ARVEDE BABINE: Lugar citado

cuentos y visiones. Un ladrón «penetra, durante la noche, en la habitación de un viejo para matarle; el viejo se despierta y siente que alguien está allí; el asesino nota que el viejo se ha despertado, y en el silencio absoluto y en la más completa noche, aquellos dos hombres, igualmente aterrorizados, permanecen durante una hora en presencia uno de otro, sin verse, en una silenciosa e inexplicable agonía...»

Un hermano ha enterrado a su hermana viva; oye sus esfuerzos para romper su féretro, y permanece clavado en su sitio con un miedo superior a la razón humana. Un condenado contempla con ojos horrorizados el acero afilado que va bajando poco a poco sobre su pecho con la lentitud de las pesas de un reloj. Otro describe sus sensaciones, mientras que un gran péndulo de reloj le corta, lentamente, el cuello...

No descubre ya a través de las tinieblas inflamadas, por luces rojas, otra cosa que formas monstruosas, agitándose de modo fantástico al ruido de una discordante melodía. Tuvo una serie de crisis de *delirium tremens*, y murió exclamando: «Dios venga en auxilio de mi pobre alma».

Barbey d'Aureville exclama: «Desde Pascal, tal vez, no hubo jamás genio más espantado, más sujeto a los horrores del miedo y a sus mortales agonías, que el genio pánico de Edgard Poe». Lauvriere ha estudiado la cuestión relativa a la psiconeurosis de Edgard Poe. Lo mismo que Arvéde Babine, ve en él un dipsómano, pero va todavía más lejos: «Esa dipsomanía, dice, no es más que un rasgo, el más saliente, en este caso, como en otros, de un estado nervioso de desequilibrio general, llamado degeneración. Todos los caracteres de la generación los tiene Edgard Poe y los tiene inscritos en la carne, tan profundamente como en el alma, en su pobre cara de bohemio inspirado, lo mismo que en sus más inmortales páginas de prosa y de verso».

«Física y mental, esa degeneración es la marca indeleble de todo su ser; ello lo explica en él todo: su fuerza y su debilidad, su genio y su locura, su desgracia y su gloria; sin ella, su vida y su obra aparecen como monstruosidades vacías de sentido; con ella, desaparece el misterio; todo resulta claro, lógico, hasta armónico» (1).

Flaubert

Flaubert fué epiléptico e histeroepiléptico. De su neurosis dice Máxime de Camp: «Antes de haber cumplido los veintidós años, le había acometido ya un mal implacable, inmovilizándole de cierta suerte y dándole las cosas extrañas que muchas veces han sorprendido a aquellos que sólo le conocían superficialmente».

«El mal sagrado, la gran neurosis, aquella que Paracelso había llamado el temblor de la tierra del hombre, había atacado a Gustavo... Con mucha frecuencia, impotente y consternado, he asistido yo a esas crisis, que eran verdaderamente formidables. Producíanse de la misma manera, e iban precedidas de los mismos fenómenos. De pronto, sin motivos apreciables, Gustavo alzaba la cabeza y se quedaba sumamente pálido; había sentido llegar el mal... su mirada estaba llena de angustia...; decía: yo tengo una llama en el ojo iz-

(1) F. LAUVRIERE: *Edgard Poe*, París, 1904

quierdo; y algunos segundos después: yo tengo una llama en el ojo derecho, todo me parece de color de oro. Ese estado singular se prolongaba algunas veces durante muchos minutos...; después su cara palidecía todavía más y adquiría una expresión desesperada... Rápidamente dirigíase, corría hacia el techo, se extendía en él, rígido, siniestro, como si se acostara vivo en un féretro; poco después decía gritando: Yo tengo las riendas, he aquí el cochero; oigo los cascabeles, percibo la luz de la posada. Lanzaba entonces una queja, cuyo acento vibra aún en mis oídos, y le acometía la convulsión. A ese paroxismo, en el que todo su ser entraba en trepidación, sucedían invariablemente un sueño profundo y una laxitud que le duraba muchos días» (1).

Esta neurosis, que comenzó muy pronto, parece haberle ocasionado la muerte, si hemos de asentir a las dos notas de los Goncourt, recogidas por Max, Simón y Cabanés. «Flaubert nos dijo que cuando era niño, se absorbía de tal manera en sus lecturas, mordiéndose la lengua y retorciéndose un mechón de cabellos con los dedos, que llegaba un momento en que le ocurría venirse a tierra. Un día se abrió, al caer, la nariz contra una vidriera de la biblioteca...»

«Esta mañana Pouchet me llevó a un pasillo apartado y me dijo: Gustavo no se ha muerto de un golpe de sangre, sino que ha muerto de un ataque de epilepsia... ha estado diez y seis años sin tenerlo... el sábado se murió de un ataque de epilepsia congestiva... sí, con todos los síntomas... echando espuma por la boca... Mirad, su sobrina deseaba que su mano hubiera sido vaciada en un molde... ha sido completamente imposible... había conservado una contractura terrible...» (2).

En lo que no están conformes los críticos es en si la enfermedad de Flaubert fué epilepsia o neurastenia. Binet Sanglé (3) sostiene lo primero, en tanto que Félix Regnault (4) afirma que es una histero-neurastenia, y atribuya la muerte a una hemorragia ventricular. Como quiera que sea, Flaubert era psiconeurótico, pues cuando describía el envenenamiento de «Madame Bobary», experimentaba el gusto del arsénico en la lengua, y se envenenaba él mismo hasta el punto de tener vómitos. Cuando yo hago una novela, dice, tengo el pensamiento de dar una coloración, un matiz. Por ejemplo, en una novela cartaginesa quiero yo hacer algo purpúreo. En «Madame Bobary» no tengo más que la idea de un sonido...» (5).

Alfredo de Musset

Musset era un taxicómano. «Tras un fogoso entusiasmo pasional, después de un programa frenético de goces sobrehumanos. Musset se abate, cae en el fastidio tan pronto y profundamente, que queda como agotado» (6). Presenta fenómenos de autoscopia interna y de alucinación. Una alucinación de este género es la que él describe en «La Noche de Diciembre»:

(1) *Recuerdos literarios*, París, 1892.

(2) *Journal des Goncourt*, t. II, pág. 80; y t. VI, pág. 114.

(3) *Chronique Médicale*, 1900, pág. 641; 1901, pág. 62.

(4) *Revue de hypnotisme*, 1900-1901, t. XV, pág. 270.

(5) MICHANT: *Chronique Médicale*, 1900, pág. 775.

(6) EMILIO TARDIEN: ob. cit.

«Ante mi mesa viene a sentarse
Un pobre niño vestido de negro
Que me parecía como un hermano.»

Otras alucinaciones auditivas y visuales las refiere Jorge Sand (1). «Acostado sobre la hierba, en el barranco, Laurent (Alfredo de Musset), había oído cantar solo. Después, al alzarse sobre sus manos para darse cuenta del fenómeno, había visto pasar ante él, por entre los matorrales, un hombre que corría pálido, con los vestidos desgarrados y los cabellos al viento. Tan bien le vi, dice él mismo, que tuve el tiempo de *razonar* y de decirme que era un paseante retrasado, sorprendido y perseguido por los duendes, y hasta llegué a buscar mi bastón para volar a su socorro; pero el bastón se había extraviado por entre la hierba y el hombre avanzaba siempre hacia mí; al pasar a mi lado me lanzó una mirada atontada, horrorosa; entonces tuve miedo y me arrojé con el rostro hacia la tierra, porque aquel hombre... aquel hombre era yo» (2).

Lefebure (3) estudió la supraseñalabilidad de Musset y notó en él cierta facultad telepática y que tenía también la alucinación de la audición colorada. «Contó a Madame Joubert, en una de sus cartas, que él se había enfadado mucho con su familia, por verse obligado a sostener una discusión para demostrar que el fa era amarillo, el sol rojo; una voz de soprano rubia, y una voz de contralto morena» (4).

A los diez o doce años sufría la fascinación del marco dorado de un retrato antiguo que le servía para hipnotizarse a sí mismo. Tuvo muchos fetiches, «y en todo tiempo el medallón armado de puntas de su primer ama, la moneda de cinco francos de Fontainebleau, la pluma bordada por Sor Marcelina». En Venecia «estuvo como loco una noche, a consecuencia de una gran inquietud. Veía fantasmas en torno suyo y gritaba de miedo y horror». «Hasta su último momento, dice Paul de Musset, su sensibilidad no hizo más que exaltarse cada vez más. Todo eran agitaciones, inquietudes, emociones perpetuas y constantes».

Madame Martellet (Adela Colin) escribe: «El neurosismo de Musset tocaba algunas veces en lo sobrenatural, y yo me he preguntado muchas veces, si no poseía un sexto sentido como una especie de don de segunda vista...» Cabanés (5) ha estudiado con esmero la dipsomanía de Musset, y comienza su trabajo por la siguiente cita de Carlos Maurras: «Apenas es posible hablar de Alfredo de Musset sin mencionar, en primer término, para tenerlo siempre en cuenta en todos los casos, la especie de locura que le mareó ya desde la más tierna infancia. Nacido inquieto, visionario, un poco maniaco, sujeto a crisis de epilepsia, pero que llegó a ser alcohólico a la edad de veinte años...»

«En el café de la Regencia, añade Cabanés, el camarero le llevaba con la mayor frecuencia un paquete de cigarros y una formidable mezcla de cerveza y de ajeno, que él se bebía de un trago con ese gesto de disgusto que provoca una medicina repugnante... Una vez ingerida aquella bebida, Musset se re-

(1) JORGE SAND: *Ella y El*, pág. 110.

(2) PAUL RAYMOND: *Progrés médical*, 1905, pág. 38.

(3) LEFEBURE: *Annales des Sciences psychiques*, 1899, t. IX, págs. 13 y 80.

(4) ARVEDE BABINE: *Chronique Médicale*, 1906, t. XIII, pág. 130.

(5) *Chronique Médicale*, 1906, pág. 142.

pantigaba cómodamente sobre el diván, encendía un cigarro, luego otro... hasta que se acababa el paquete... A las once y media hacía el camarero que viniese un coche de alquiler, le tomaba por el brazo y le instalaba en el coche. El se dejaba llevar dócilmente a casa; su vieja ama de gobierno le recogía y le acostaba como a un niño.»

Dostoiewsky

Loygué (1), que ha estudiado a fondo la psicología de los Dostoiewsky, dice acerca de su herencia y de los comienzos de su enfermedad: «Una de sus tías tenía una memoria muy débil, sin carácter ni resolución; estaba entregada a todas las influencias extrañas, y tenía miedo de los diablos». A su hermano Miguel le escribía Dostoiewsky desde Siberia: «He recibido tu carta; temo que tus crisis tomen mal carácter, como las mías».

En sus primeros años tuvo terrores nocturnos, y en su segunda infancia frecuentes alucinaciones. «Un amigo de la juventud de Dostoiewsky, testigo de sus crisis, decía a Melchor de Vogue (2), que desde esa época se caía rodando por las calles, echando espuma por la boca».

Ante todo, Dostoiewsky era epiléptico, neurosis que le sobrevino principalmente de la impresión recibida en aquella terrible escena en que oyó leer su sentencia de muerte, y de los cuatro años de trabajos forzados que tuvo que pasar en Siberia, viviendo con asesinos y ladrones y sin ningún consuelo intelectual. Además, tenía pavores místicos. «Era, dice él mismo, el temor doloroso de alguna cosa que no sabía yo precisar, de alguna cosa que yo no concibo, que no existe; pero que... se coloca ante mí como un hecho irrefutable, disforme e inexorable».

Tan penoso era su estado habitual, que las crisis de epilepsia venían a resultar los mejores instantes de su vida. «Durante esos momentos, escribe, experimento yo una sensación de felicidad que no existe en el estado ordinario y de la que nadie puede formarse una idea». «Vosotros, gentes sanas, decía, no sospecháis la felicidad que nosotros los epilépticos experimentamos un segundo antes del acceso. Mahoma... vió, seguramente, el paraíso en un ataque epiléptico, porque él los tenía lo mismo que yo...»

«El estado de Dostoiewsky, dice Ossip-Lourié, no llegó jamás a la demencia; pero es innegable el debilitamiento progresivo de su sentido crítico. Aquí es donde debemos nosotros buscar las causas de todas las contradicciones de que están llenas su vida y sus obras» (3).

III

Wagner

Nietzsche dice de él: «Wagner es un enfermo, un decadente típico. Los problemas que lleva a la escena son puros problemas de historia; la convulsividad de su temperamento, su sensibilidad irritada, su gusto, que reclaman sabores más picantes cada vez; su inestabilidad, que erigía en principio, y,

(1) LOYGUÉ: *Un hombre de genio*, Lyon, 1904.

(2) E. MELCHOR DE VOGUÉ: *Dostoiewsky*, *Revue des Deux Mondes*, 15 janv. 1885.

(3) OSSIPI-LOURIÉ: *La psicología de los novelistas rusos del siglo XIX*, París, 1905.

sobre todo, la elección de sus héroes y de sus heroínas, considerados éstos como tipos fisiológicos (una galería de enfermos); todo esto reunido forma un cuadro de enfermedad que no deja duda ninguna. Wagner es un neurótico... Nuestros médicos y nuestros fisiólogos tienen en Wagner su caso más interesante, y cuando menos, un caso muy completo».

Y Max Nordau añade: «Wagner está cargado él solo de una cantidad de degeneración mayor que la de todos los degenerados juntos que hemos visto hasta ahora. Los estigmas de ese estado mórbido se encuentran reunidos en él por completo y con la mayor abundancia. En su constitución de espíritu general presenta el delirio de las persecuciones, las locuras de las grandezas y el misticismo; en sus instintos de filantropía vaga, el anarquismo, el ansia de revueltas y de contradicción; en sus escritos, todos los caracteres de la grafo-manía, es decir, la incoherencia, la fuga de ideas y la inclinación a los *calembours* inocentes, y como fondo de su ser, la emotividad característica de tinte erotómano y religioso a la vez» (1).

Mozart

Mozart (2) es el tipo de los precoces. A los tres años toca el clavicordio acompañado de cuartetos, y compone conciertos a los cinco años, y a los seis emprende su primera tournée de conciertos en Viena. Es extremadamente nervioso. A la edad de diez años basta mostrarle una trompeta para ponerle en fuga; si se insiste, se desmaya. A los quince años se enamora de una muchacha diez años mayor que él.

Realizó un trabajo enorme, pero muy pronto se debilitó físicamente; por cualquier nonada se desmayaba y tenía que guardar cama. Compuso 179 obras: *La obra de un titán*, y murió a los treinta y cinco años de edad.

Durante los últimos meses de su vida vivió bajo el yugo de «una idea fija horrorosa, una verdadera alucinación de alienado»; o se creía obligado a componer la Misa de Réquiem para su propio funeral, o veía constantemente al que la había de componer. «Yo lo veo continuamente ante mí, él me oprime, me solicita sin tregua y me impulsa a la composición, a pesar mío. Así, cuando yo quiero detenerme, el reposo me fatiga mucho más que el trabajo.»

Beethoven

Beethoven quedó sordo a los treinta años, y apenas pudo oír la ejecución de sus más bellas composiciones.

Era al mismo tiempo un original. «En su casa reinaba un desorden genial... Para lavarse usaba con frecuencia agua helada. Siempre tenía muchos cántaros de ella en su tocador, la derramaba por encima de sí y de sus cabellos, sin darse cuenta de que formaba un lago a sus pies, en el que estaba nadando como un pato. Con frecuencia el agua atravesaba el pavimento y caía al piso de abajo... Ocurríasele a veces, para luchar contra el calor que le incomodaba durante su trabajo, meter la cabeza en un cubo de agua lo más fría posible... Tenía la costumbre de salir de su casa muy de madrugada y permanecer

(1) Véase CABANÉS: *Chronique Médicale*, 1903, pág. 674.

(2) BARRAUD: *Chronique Médicale*, 1905, pág. 737.

componiendo sin cesar días enteros en medio del bosque, expuesto a la humedad de sus espesuras, con la cabeza siempre descubierta». Murió, según parece, de una cirrosis atrófica de alcohólico (1).

Donizetti

Donizetti murió de parálisis general (2). Cabanés, que estudió su enfermedad mental, dice que había llegado a ser sombrío y desconfiado. Algunos meses más tarde se le encerró en una casa de salud de Ivory.

Ni respondía ni reconocía a nadie. Tenía una mano paralizada, y comía ávidamente la sopa como un animal. Una vez manifestó que tenía encima de la cabeza una cosa de la que no podía desembarazarse. Se le hizo salir de Ivory y murió en Bérgamo, en casa de un sobrino, el 8 de abril de 1848 (3).

Rossini

Rossini nació en 1792 y estuvo atacado «de perturbaciones neurasténicas graves a partir de los cincuenta años... Ya en 1850 presentaba perturbaciones físicas y cerebrales muy aparentes, que se agravaron hasta el 1852. Su carácter era triste; con frecuencia le atacaban crisis de lágrimas, de accesos de desesperación, de impulsiones al suicidio... Lamentábase, sobre todo, de una sensación de frío intolerable en las manos y de falta de sueño... «Yo experimento los males todos de una mujer», decía el en 1854.

Intentó, sin éxito, el magnetismo, y fué a París en 1855 para aplicarse la hidroterapia. En diez y nueve años había escrito Rossini treinta y seis óperas. Cesó bruscamente de escribir hacia la edad de treinta y ocho años, después de haber dado el *Guillermo Tell* (4).

(1) KLOTZ-FOREST: *Chronique Médicale*, 1905, 321.

(2) MOREAU DE TOURS: *La psicología mórbida...*, 1859.

(3) CABANÉS: *Chronique Médicale*, 1906, pág. 153.

(4) *Chronique Médicale*, 1906, pág. 225.